

Arqueología: ¿para quién?

Rebeca Panameño*
Enrique Nalda

En arqueología se está dando el segundo asalto al diletantismo. El primero fue cuando el interés por el arte se opuso a la necesidad de ampliar el objeto de estudio y, posteriormente, cuando al incorporar aportaciones de las ciencias sociales al estudio de sus materiales, algunos arqueólogos ingenuos llegaron a creer, que ahora sí, se estaba haciendo ciencia. El segundo asalto, el actual, pone en tela de juicio la relevancia social de la arqueología. En países dependientes, como México, el tema es viejo y hábilmente esquivado por muchos de sus arqueólogos a través de la definición de la arqueología por lo que hacen. En los Estados Unidos la preocupación por esa relevancia social se presenta con intensidad particular a raíz de la guerra de Vietnam, aunque no llega realmente a in-

vadir la arqueología, sino hasta la década de los '70 (mayormente muy cerca de la presentación de Fritz y Plog)¹, y esto, dentro de un ambiente de indiferencia e incluso de abierto rechazo. Flannery, por ejemplo, en su discusión del supuesto cisma que se da en la "arqueología procesual", escribe, a propósito de una de las tendencias (la suya, i. e., la investigación que empieza por utilizar modelos con retroalimentación y causalidad mutua y multivariable): "En términos de ética, científica estos arqueólogos no se encuentran especialmente preocupados por 'hacer relevante a la arqueología', pues sienten que todavía estamos en una posición débil para

* Profesores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México.

¹ Fritz, John y Fred T. Plog, "The Nature of Archaeological Exploration", *American Antiquity*, Núm. 35, págs. 405-412, en Charles L. Redman Ed., 1970.

conocer lo que será relevante en el año 2000. No están convencidos de que la nueva arqueología hará desaparecer las barridas, aunque admiten que sí evita que jóvenes arqueólogos vagabundeen. Sin embargo, el trabajar cosas que solo parecen relevantes, en 1971, podría esquivar experimentación útil cuya relevancia no reconocemos en la actualidad".²

Aquí, quisiéramos discutir uno de los argumentos que más se han manejado sobre la cuestión de la articulación de la arqueología con la realidad que vive el arqueólogo: el argumento de que a mayor interés en dar relevancia social a una investigación arqueológica, mayor se hace la distancia con respecto a una producción científica; en particular, la objetividad se pierde al orientar la investigación por el camino de una práctica política. El argumento no solamente está suscrito por aquellos que desean liberar a la arqueología de toda aplicación social inmediata, sino también por la mayor parte de aquellos que opinan lo contrario. Y esto, es consecuencia de que ambos bandos conciben la posibilidad de una "ciencia pura", sin distorsiones, construida primero con "hechos". Para que los "hechos" se presenten como tales, es necesaria la imparcialidad como base de investigación y la

ausencia de juicios en la exposición; de otra forma, la producción contendrá una distorsión ("bías"). Ford, por ejemplo, concibe un continuo: "En un extremo está un deseo de revelar el registro arqueológico con tanta objetividad como lo permite la ciencia. A la mitad de la escala, está una arqueología nacionalista comprometida con la investigación de pasados eventos en un país, o en detallar el pasado arqueológico de un grupo étnico particular... En el otro extremo... la arqueología política intenta encontrar o fingir evidencia sobre un punto de vista particular y, más frecuentemente, sobre un punto de vista que había sido rechazado previamente. O, simplemente, puede ignorar aquellos aspectos del registro arqueológico que contradigan mitos nacionales".³ Vale mencionar aquí, que esto lo dice, curiosamente, un defensor de la búsqueda de aplicaciones concretas a la arqueología y de la idea de que "La quimera de la ciencia pura impide que muchos se den cuenta de que la investigación esté siempre estructurada por fuerzas que se encuentran fuera del control del arqueólogo".

² Flannery, Kent V., "Archaeology with a capital 'S'", *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons., New York, 1973, pág. 52.

³ Ford, Richard I., "Archaeology serving Humanity" en Charles L. Redman, Ed., *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons, New York, 1973, pág. 85.

⁴ *Ibid*, pág. 93.

La tesis que queremos defender en este ensayo es que no existe trabajo arqueológico sin una vinculación con la realidad que vive el arqueólogo; que esa vinculación es política (tiene como referencia al Estado), y que, por consiguiente, la necesidad de la ausencia de una posición política para alcanzar científicidad, es un mito.

No queremos orientar nuestra demostración por el camino de una crítica del empirismo (la demostración de que los hechos no son "dados", sino que son "producidos" desde una práctica, teórica o ideológica); en su lugar, deseamos exponer varios trabajos arqueológicos que hemos seleccionado por su representatividad de lo que aparentemente serían productos distorsionados y científicos.

Nuestra primera referencia es a la serie de trabajos que se presentaron, mayormente en el siglo XIX, sobre los "constructores de túmulos" (*moundbuilders*) del este americano. El problema fue, en todos los casos: ¿quienes fueron los responsables de esas construcciones que delataban una importante capacidad de realización y un cierto nivel tecnológico? Se trataba, obviamente, de pobladores anteriores a la llegada de los colonizadores. Si no se iba más allá en la investigación, se producía un efecto en favor de la independencia de la colonia (la historia y filiación del colono se desplazaba hacia el nuevo territorio), y, asimismo, un efecto en favor de la integración de los diversos grupos étnicos que constituían la colonización

(a través de la idea de un sustrato común: en alguna forma se compartía un pasado). Se podía, sin embargo, ir más lejos y preguntar: ¿y quienes fueron, específicamente, esos pobladores? La respuesta podía favorecer a uno de los grupos colonizadores (lo cual iba en contra de la integración de esos sectores) o, lo que era peor para los colonizadores, podía favorecer a los grupos indígenas del momento del contacto. Esto era especialmente peligroso en el momento de la expansión, posible, entre otras cosas, empleando el recurso de negar toda prioridad a los indígenas americanos. La única salida parecía ser la declaración de que esos antiguos pobladores habían desaparecido en el pasado remoto, y que los indígenas del momento del contacto no eran los descendientes de los constructores de túmulos o, si lo eran, habían sufrido una degradación. Y, en efecto, para finales del siglo XVIII, la versión es la de la existencia de un importante pasado en el territorio colonizado; esto es, la fecha en que se consumó la independencia americana. En el siglo XIX, del empuje sobre territorios indígenas previamente no afectados, es la de la degradación.

Es claro que todo lo que se ha escrito en esas épocas sobre los constructores de túmulos es ficción. Nadie deja de reconocer su articulación con la problemática al hacerse la investigación. La pregunta, sin embargo, es esta: ¿creyeron aquellos investigadores que estaban elaborando ficciones,

o creyeron que sus trabajos constituirían producciones científicas? Y, ¿qué creyó el público al cual se dirigían las publicaciones? A finales del siglo XVIII, Franklin* rechazó la posibilidad de que los túmulos tuviesen relación con la población indígena existente. Esto lo hizo, a pesar de que De Soto, en el siglo XVI, había observado la construcción y uso de túmulos por esos indígenas (y no solamente eso, sino que llegó incluso a sugerir la posibilidad de que el mismo De Soto los hubiese construido). Lo que produjo Franklin fue una versión compatible con la ideología de entonces: la ideología que reforzaba el desarrollo del colonialismo. No podía pensar en que su versión careciese de científicidad; desde el principio, se basaba en un postulado para él evidente: la desigualdad de las razas. Su versión era objetiva en la medida que confirmaba y resultaba de ese postulado. El público la aceptó, no solo porque ellos compartían en gran

medida esa ideología, sino, adicionalmente, porque estaba respaldada por el prestigio de Franklin.

Más adelante, en 1839, un antropólogo físico, S.G. Morton, en un estudio comparativo entre cráneos de entierros en túmulos y cráneos indígenas en tumbas recientes, concluye que existe una sola raza en la muestra. El descubrimiento, sin embargo, tuvo que ser retocado: Morton, con apoyo en consideraciones de tipo cultural, añadió que esa raza única comprendía dos familias: una, tolteca; la otra, bárbara; y así se mantenía la división entre constructores de túmulos e indígenas del momento. Se había echado mano de información de importancia secundaria, no relacionada con la craneometría, para producir una distorsión compatible con la ideología de la época o, si se quiere, "con el sentimiento generalizado de esos días".⁷

Ese mismo año, W. H. Harrison (más tarde presidente de los Estados Unidos), produjo un trabajo sobre las antigüedades del valle del Ohio, en el cual mantenía, también, la tesis de que los constructores de los túmulos pertenecieron a una raza desaparecida. Seis años antes, el público interesado en el tema había devorado el libro de J. Priest (22000 copias vendidas en treinta meses), donde se anticipaba una serie de proposiciones inverosímiles, al mismo tiempo que se reforzaba

* Las diferentes tesis avanzadas sobre la cuestión de los constructores de túmulos se encuentran en: Silverberg⁵ y Willey⁶.

⁵ Silverberg, Robert, *Mound Builders of Ancient America; the archaeology of a Myth*, Greenwich, New York, 1968.

⁶ Willey, Gordon y Jeremy A. Sabloff, *A History of American Archaeology*, Thames and Hudson, Ltd. London, 1974.

⁷ *Ibid*, pág. 34.

la tesis de la raza perdida. Ciencia, personalidad y "opinión pública", todos comprometidos en la misma línea.

Se trata de dos momentos del mismo problema que hacen evidente un conjunto de cuestiones: 1) los "datos" no son neutros; 2) los "datos" se inventan o se ocultan en un proceso inconsciente; 3) la producción "científica" está contenida dentro de los límites impuestos por un sistema de relaciones; 4) la ausencia de cientificidad frecuentemente es enmascarada por la presencia de una personalidad (científica o política) que opera como aval de rigurosidad en la investigación.

Se podría argumentar que el ejemplo de los constructores de túmulos solo contiene pseudoexplicaciones (proposiciones precientíficas), que trata de producciones de "primitivos antepasados", hoy en día inconcebibles. A los que sustenten esa posición, quisiéramos referirlos al caso del debate arqueológico sobre el pasado de Zimbabwe (Rhodesia), en donde se oponen invasores y antepasados directos de la población negra actual en la cuestión de quienes fueron los realizadores de los monumentos arqueológicos de ese país (aquí, con el matiz adicional de que quienes sustenten el punto de vista contrario a la versión oficial, racista, corren el peligro de ser expulsados del país, como ya ha sucedido).

Se podría, también, argumentar que los excesos cometidos en los Estados Unidos, a propósito de los constructores de túmulos, se deben, en gran me-

da, a la ausencia, en esa ocasión, de una tradición científica, de modelos de investigación, etc., pero que esos excesos no se dieron en la arqueología europea. A los que sustenten esa posición, quisiéramos referirles la serie de trabajos de complementariedad de la arqueología y la Geología en el intento por romper con el discurso bíblico. No llegarán, en efecto, a observar los mismos "excesos"; pero sí observarán la misma articulación. La imagen de la cientificidad no puede ser más clara en el caso de la arqueología europea: ciencia contra mito. Contemporáneos de Morton y Harrison, son Boucher de Perthes y Lyell. Una sola aclaración: el análisis de esos trabajos desborda el espacio del enfrentamiento entre ciencia y mito; requiere la consideración de la época histórica en que se producen. Es el momento de cambio de dominancia a nivel ideológico: la escuela por la iglesia⁸; es el momento de la lucha política entre fuerzas apoyadas en la producción del campo y fuerzas apoyadas en la producción industrial. Por ese camino se concluirá que la articulación de esa actividad arqueológica se halla en las necesidades impuestas por el desarrollo del capitalismo.

Se podría, finalmente, argumentar que hoy existe una diferente concep-

⁸ Althusser, L. "Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado", *La Pensée*, Revista del Racionalismo Moderno, núm. 151, 1970.

ción de la realidad social y, sobre todo, un método que garantiza la producción científica. En términos de la arqueología "más avanzada", se diría que la diferencia está en el desarrollo de los conceptos de "proceso", "sistema" y, principalmente en la posibilidad de aplicar la lógica de la ciencia.

Aquí deseamos dejar de lado la cuestión de cómo se establece un sistema (objeto de estudio) y la cuestión del método (que no es, en última instancia, otra cosa que un recurso ideológico frente a la imposibilidad de producir explicaciones). En su lugar, queremos discutir la forma de articulación política que se da en trabajos de esa "arqueología avanzada", para la cual no se sospechan distorsiones. Para este propósito, escogemos un trabajo de Flannery⁹ sobre "la evolución cultural de las civilizaciones".

Lo que intenta Flannery en este trabajo es la producción de una teoría sobre el surgimiento y desarrollo del estado. Dentro de un modelo de complejidad progresivamente mayor, Flannery señala tres niveles: a) procesos de segregación y centralización*; b) mecanismos a través de los cuales

esos llegan a materializarse, dos de los cuales son los mecanismos de promoción y linearización**; c) las tensiones socio-ambientales que hacen posible la operación de esos mecanismos. "Sugiero que los mecanismos y procesos son universales, no solo en la sociedad humana, sino, en general, en la evolución de sistemas complejos. Las tensiones socio-ambientales no son necesariamente universales; pueden ser específicas a regiones y sociedades particulares. Es en esta última categoría que coloco a las "fuerzas primarias"***". El sistema social representado por este modelo adicionalmente, opera por comparación entre normas establecidas y el producto de la actividad humana concreta. Esto se entien-

entre los diversos subsistemas y los controles de orden más altos en la sociedad.

** Se entiende por promoción el cambio ascendente de una institución o "rol" en la jerarquía de control (opera en favor de la segregación a través de la formación de nuevas instituciones); se entiende por linearización el "puenteo" de ciertos niveles de decisión por controles de orden superior.

*** Se entiende por "fuerzas primarias" (*prime movers*) las causas fundamentales detrás de procesos (e.g., simbiosis, guerra, aumento poblacional, etc.). Flannery las rechaza por considerar que pertenecen al campo de las explicaciones particulares y no a un nivel teórico.

⁹ Flannery, Kent V., "The Cultural Evolution of Civilizations", *Annual Review of Ecology and Systematics*, vol. 3, 1972 págs. 399-426.

* Se entiende por segregación la cantidad de diferenciación interna y especialización en subsistemas; se entiende por centralización el grado de conexión

de mejor siguiendo la ejemplificación contenida en el artículo de Flannery.

Flannery ilustra el mecanismo de promoción con el caso de San Juan Guelavía, un poblado zapoteca que, en el siglo XIX, todavía operaba bajo un sistema de cargos y mayordomías.* A finales del siglo XIX, una persona de la comunidad, en complicidad con los clérigos, inicia un proceso de acumulación de tierras que culmina, a la llegada de la revolución mexicana, con el acaparamiento del 95% de las tierras de la comunidad por unas cuantas familias, mayormente descendientes del originador del proceso. La razón de la transformación es simple: la complicidad del clero consistió en elegir para mayordomos a individuos que no tenían los medios para cubrir las obligaciones concomitantes; al no poder rehusar la designación, se veían forzados a empeñar sus tierras y, finalmente, a cederlas al "socio" de los curas. Es, según Flannery, "un ejemplo de promoción en el cual una institución que cubría funciones específicas (la iglesia) alcanza la posición que le permite seleccionar a los mayordomos, lo cual,

originalmente, era responsabilidad de un sistema de funciones generales (el gobierno del poblado, y por consenso general). Más importante, quizás, es que muestra que un cambio evolutivo puede ser consecuencia de una perversión de los mecanismos de regulación del ritual —sin duda localizados lo más lejos que pueda pensarse de los factores 'tecno-ambientales' que han sido generalmente el foco de atracción de los 'ecólogos culturistas' ".¹⁰

El mecanismo de linearización es ilustrado con el caso de los pequeños sistemas de irrigación en el valle de Oaxaca, originalmente administrados y mantenidos bajo un sistema de cargos. Con la entrada de Recursos Hidráulicos al área, el control de la irrigación pasa a una institución de funciones específicas (SRH), dentro de un sistema de orden superior (el gobierno federal). Lo que se produce es una centralización a través de linearización y una tendencia a la hipercoherencia**. Las conclusiones extraídas por Flannery, en este caso, son: a) el estado existía antes de la realización de las obras hidráulicas; esto deteriora la hipótesis de Wittfogel; b) la participación de SRH

* Traducido por Flannery como mecanismo de nivelación de riqueza, a través del cual se logra prestigio y, al mismo tiempo, se nulifica la posibilidad de un acceso desigual a recursos estratégicos o medios de producción; prestigio que, por otro lado, no pasa por herencia.

¹⁰ *Ibid*, pág. 416.

** Por consecuencia de la alta integración alrededor del nuevo sistema hidráulico y la posible adopción de medidas generales que puedan pasar por encima de la problemática de poblaciones particulares.

debe verse como una necesidad de integración de esas comunidades autónomas e impenetrables; c) solo unas cuantas comunidades solicitaron la cooperación de SRH en condiciones de explosión demográfica en áreas circunscritas; esto cuestiona las hipótesis de Boserup y Carneiro.

El ejemplo de San Juan Guelavía es presentado como un caso concreto de la transformación generalizada de sociedades igualitarias en sociedades estratificadas. Para que el ejemplo tenga validez, hay que probar que, en efecto, al inicio del proceso existe una sociedad igualitaria en donde, al nivelarse riquezas individuales (a cambio de prestigio no heredable), el acceso a recursos estratégicos y medios de producción es igual para todos los miembros de la comunidad. Si eso se acepta, ¿cómo explicar el que se haya dado una serie de préstamos e hipotecas sobre medios de producción? Para que eso haya sido posible, era necesario que ciertos individuos hubiesen acumulado suficiente riqueza para realizar la operación y, además, el que el medio de producción fundamental, la tierra, haya podido ser enajenado, es decir, haya dejado de ser propiedad comunal para convertirse en propiedad personal. Las dos condiciones invalidan el estatuto de sociedad igualitaria que concede Flannery para el inicio del proceso. La sociedad que Flannery observa, en el punto de arranque, es una sociedad en donde se dan las condiciones para la acumulación de tierras en un pequeño sector

de la comunidad, una sociedad donde los dispositivos que tienden a evitar esa acumulación, son ya inoperantes. ¿Cómo es que ocurrió esa ruptura? Si de lo que se trata es discutir la transformación de sociedades igualitarias en estratificadas, lo que se requiere es esa respuesta o, en términos generales y siguiendo a Fried, una discusión de los elementos inherentes a toda sociedad igualitaria, responsable de su propia destrucción.

El ejemplo de San Juan Guelavía, en todo caso, ilustra la amplificación de una situación preexistente en el momento inicial expuesto por Flannery. No puede tomarse por ejemplo de un cambio evolutivo como el indicado, y menos, como un cambio inducido por "perversión del ritual", pues este se encontraba ya inoperante, es decir, desfasado con respecto a una serie de relaciones económicas que se daban de hecho; tampoco se puede tomar por prueba de que no siempre las transformaciones estructurales tienen su origen en la esfera de lo económico. El ritual es una formalización de ciertas necesidades a nivel de la reproducción de la sociedad; no existe por sí mismo. No puede tomarse, como lo hace Flannery, primero por mecanismo que logra su materialidad en mantener ciertas relaciones sociales y, después, por elemento autónomo, aislable. Su aislamiento y colocación en una simple relación causa-efecto (ritual como fuerza primaria y "evolución cultural" como efecto) produce una burda simplificación de la totalidad social.

La distorsión (bias) en el caso de San Juan Guelavía es traducible a una invención de datos. La "historia se repite": la misma técnica observada en el caso de los constructores de túmulos; la diferencia se encuentra solo en el fin propuesto, es decir, en lo que se desea demostrar.

El caso de la intervención de la SRH en las comunidades autónomas del valle de Oaxaca ilustra otro punto. Aquí, aparentemente, se maneja un proceso hacia la formación estatal (de otra forma, no tendrían mucho sentido sus referencias a Boserup y Wittfogel) o, alternativamente, un proceso de integración. Este proceso de integración tiene, para Flannery, origen en el interés del gobierno federal por interferir (*meddle*) en la organización de esas comunidades. No se define ni lo "autónomo", ni la necesidad de la intervención, y se concluye con la indicación de que, al finalizar el proceso, se ha producido una centralización del poder de decisión (lo cual es un claro manejo del proceso por uno de sus efectos; es la tónica general del texto, y equivale a algo así como intentar explicar la primera guerra mundial principiando por referirse al Tratado de Versalles). Así analizada la integración, se produce un efecto: el desplazamiento de la problemática central. Lo central del proceso es el carácter y desarrollo de esa supuesta integración. Lo que se está presentando es un cambio de explotación ineficaz por una explotación eficaz: lo que esas comunidades "autónomas"

cedían al sistema en forma de trabajo excedente se ve incrementado por desarrollo de sus fuerzas productivas. Un posible ejemplo de relativo estancamiento, a pesar de la mayor capacidad productiva de esas comunidades, y que conduce necesariamente a una denuncia (una simple exposición de "hechos" la llega a constituir), se convierte en una justificación. De lo que se trata, según Flannery, es, simplemente, un problema de comunicación.

En el texto de Flannery se antepone, a la definición tradicional de Service, Sahlins y Fried, una definición del Estado, que resulta de la adopción del modelo en el cual "el Estado aparece como un sistema complejo, cuya complejidad puede ser medida por su segregación... y centralización..."¹¹ Segregación y centralización fijan una tendencia, pero no posibilitan una distinción cualitativa entre lo que es y lo que no es un Estado. Por esta razón, tiene que echarse mano del recurso de "umbral". "Se puede decir que un Estado existe cuando se alcanza un cierto umbral de segregación y centralización".¹² El concepto, así, se diluye para ser reemplazado por una nueva configuración implícita en la argumentación; se trata de la puesta en operación de tres términos: comunicación, integración y gastos indirectos (*overhead*). Para Flannery,

¹¹ *Ibid*, pag. 409

¹² *Ibid*, pag. 423.

el Estado es el resultado de la necesidad de procesar una cierta cantidad de información en condiciones de complejidad progresivamente mayor. Se trataría, entonces, de un conjunto de funciones, e instituciones correspondientes, que dan cohesión social y canalizan información de tal forma que el producto del sistema sea lo más cercano posible al grupo de normas establecido como condiciones ideales para su operación homeostática (ruta de mayor "eficiencia"). Este conjunto de instituciones requiere de una asignación de fondos, es decir, del desvío de cierta parte del producto social; esa asignación, que puede llamarse "partida para gastos de administración", es el precio que debe pagar la sociedad para seguir funcionando. Ciertamente que esa superestructura administrativa y esos costos representan la imposición de "... costosos tributos, corvee y, frecuentemente, pillaje sobre vecinos menos poderosos..."¹³ y que la promoción de instituciones "... muy frecuentemente favorecen sus propios intereses (los de los funcionarios) y no los de la sociedad..."¹⁴ Pero así son las cosas.

La visión, sin duda, es la que corresponde a un "sentimiento generalizado" ("general feeling", para utilizar las palabras de Willey, a propósito de los constructores de túmulos): el del norteamericano que ve a su

gobierno como un mal, si se le juzga desde el punto de vista de los impuestos por pagar, y como un bien, si se considera que, de otra manera, se caería en un caos. Aquí, como en el caso de los constructores de túmulos, se presenta un referencial: la problemática de la sociedad del propio investigador y una ideología desde la cual se interpreta esa sociedad. En ambos casos, hay distorsiones y desplazamientos; en ambos casos, hay una articulación política (o, si se quiere, se hace una "arqueología política") en el sentido de que esa problemática es vista desde una ideología que no es la única posible, y la cual, por supuesto, no necesariamente coincide con los intereses de quienes participan de ella. En ambos casos, finalmente, se reclama el adjetivo de científicidad para la investigación.

En este punto, se nos puede acusar de ser selectivos, de haber escogido ejemplos que servían el propósito de nuestra demostración, olvidando otros que probarían lo contrario. ¿Qué es lo que sucede, por ejemplo, con trabajos arqueológicos más alejados de nuestra problemática actual? Para contestar a esta pregunta, hemos escogido un tercer ejemplo, el más "neutro" que se nos ocurre, y, prácticamente, el más alejado de nuestros días. Se trata del trabajo de Lumley¹⁵ sobre un campamento del paleolítico.

¹³ *Ibid*, pág. 412.

¹⁴ *Ibid*, pág. 413.

¹⁵ Lumley, Henry De, "A Paleolithic Camp at Nice", *Old World Archaeo-*

Con apoyo del Ministerio de la Cultura de Francia, y dentro de una operación de rescate en la actual ciudad de Niza, Lumley reconstruye la "forma de vida" de un grupo cazador nómada que opera hacia finales de la glaciación Mindel (ca. 300,000 años AP). Reconstruye el medio y la explotación diferencial a la que queda sujeto por el grupo, el ciclo ocupacional del campamento y la duración de cada ocupación, la tecnología empleada en la producción de artefactos, la composición aproximada de la dieta, y, asimismo, la división interna de espacios construidos, en términos de funciones (definición de áreas de trabajo). Comenzando con esta información, alcanzada dentro de un proyecto interdisciplinario de muy alta calidad, Lumley concluye: "La evidencia de que los cazadores llegaron a *Terra Amata*, año a año, aproximadamente en las mismas fechas, junto con la evidencia de que las chozas sobre las dunas albergaron algunos de los mismos individuos durante más de una década, sugiere que los visitantes poseían instituciones sociales estables e incluso complejas". Así, concluye con la siguiente cita del historiador Camille Julian: "El hogar es un lugar para reunirse juntos alrededor del fuego que da calor, esparce luz y reconforta. El

sitio del que fabrica las herramientas es el de un hombre que cuidadosamente se dedica a su trabajo, útil para muchos. Seguramente estos hombres eran cazadores nómadas; pero, antes de cazar, necesitaban de períodos de preparación, y después de largos momentos de reposo, al lado del hogar. La familia, la tribu, emergerá de estas costumbres, y me pregunto si no habían nacido ya".^{1 6}

Aquí hay que observar varias cuestiones. Primero, existe una institución detrás del proyecto. El Ministerio de la Cultura guarda, con respecto al trabajo arqueológico, no solo una relación financiera, sino también una de "uso". Es a través de trabajos de este tipo que una institución educativa logra presentarse con una función aparente, disfrazar su función de contribuyente a la reproducción del sistema. La institución aparece como aparato de apoyo para el conocimiento del pasado humano (sin que esto quiera decir, necesariamente, que se crea que ese conocimiento tiene utilidad para la transformación del presente) y como preservadora del patrimonio nacional (sin que esto quiera decir que la decisión de proteger ese patrimonio se apoya en razones claras y explicitadas). La institución aparece, finalmente, como aparato neutro: se mantiene al margen de la investigación y no teme los resultados que se alcancen en ella. La única

logy Foundations of Civilizations, Readings from Scientific American, ed. W. H. Freeman & Co., San Francisco, 1969, págs. 33-41.

^{1 6} *Ibid*, págs. 39-41.

posible ingerencia en el proyecto se daría a nivel de asegurar una cierta rigurosidad (cientificismo). Esa supervisión, realmente, es innecesaria; son los mejores especialistas en el área los que realizarán la tarea, y ese grupo es anterior a la concepción del proyecto; el propio sistema lo ha generado: se trata de la comunidad reconocida de arqueólogos y técnicos auxiliares.

Así vistas las cosas, cualquier trabajo que esa institución apoya, será más mediatizador mientras más pretensiones tenga de científicidad. El carácter ideológico del aparato se ocultará mejor. Se podría argumentar que esto es algo que se encuentra fuera del trabajo en sí del arqueólogo, que el uso que pueda dársele está más allá de sus posibilidades de control. A los que argumentan en esa forma, quisiéramos indicarles que todo conocimiento logra esa calidad cuando se articula en la realidad social. En el trabajo que discutimos, es el Estado quien ha hecho suya la producción arqueológica y, en la medida en que se da esa articulación, esa producción alcanza un sentido y se constituye en conocimiento. A esto no se escapan ni siquiera aquellos trabajos que pretenden una desvinculación por no contener una explicación, por tratarse de simple exposición de "hechos" (nos referimos aquí a los trabajos monográficos tan frecuentes en la arqueología).

Segundo, en el trabajo arqueológico que estamos comentando, existe, en forma implícita, la petición del

reconocimiento de un hallazgo excepcional: Lumley ha encontrado la estructura habitacional más antigua. La arqueología está llena de este tipo de peticiones y de practicantes que se empeñan en esa clase de objetivos: el cráneo más antiguo, el primer maíz cultivado, la tumba más rica, etc. Lo único y lo primero como camino hacia la relevancia personal. Bajo este enfoque, la arqueología se redefine; de algo que tiene por fin la explicación del pasado humano se convierte en medio para lograr movilidad social (intelectual, si se prefiere). El individuo pasa a primer plano, y con ello se refuerza la reproducción del sistema social que apoya esa visión. El sistema hace suyo al grupo de individuos que alcanza esa relevancia; los exhibe como modelos.

Tercero, la excavación arqueológica produjo datos para un fondo de explicaciones potenciales. En este caso, fue un historiador, Julian, quien apoyado en esa aportación de datos, y en forma prácticamente inmediata, produjo una "explicación" más allá de la de Lumley. La relación no siempre se da en estos términos. Si pudiéramos generalizar, diríamos que la producción arqueológica, en gran medida, va a un fondo de reserva del cual se echa mano (no necesariamente en forma ortodoxa) cuando la coyuntura política requiere la puesta en marcha de un símbolo concreto (relacionado con un aspecto del sistema social, y el que puede o no estar contenido en un

“héroe”); antes, ese fondo solo constituye un arsenal bibliográfico para la comunidad de arqueólogos. Así, la simbolización no tiene por qué verse en el reporte arqueológico (aunque en el caso del trabajo de Lumley sí puede apreciarse); normalmente se halla desfasada con respecto al trabajo inicial. Este desfase, por cierto, también parece aplicarse a las instituciones responsables de la realización de proyectos arqueológicos. La impresión que produce es que arqueología y arqueólogos parecen oscilar entre situaciones de actividad y receso, entre un “no sirven para nada” a “ellos exponen nuestras raíces, la naturaleza de nuestro propio ser”.

La frase de Julian ilustra una forma de simbolización inmediata a la cual es receptivo el no-especialista. Si se vuelve a leer la frase, se notará que contiene una posición bien concreta sobre la conformación de un sistema social. La familia emerge de una serie de costumbres; es vista como la consecuencia de períodos de preparación y de reposo alrededor de una hoguera (es difícil de evitar la ironía que produce el recordar que, hoy en día, se intenta crear la imagen de integración familiar alrededor de un aparato de televisión). No es vista ni como unidad de producción, ni como unidad de consumo, ni como reproductora de la fuerza de trabajo; no es vista, en fin, como agrupada alrededor de un proceso de trabajo que les permite cubrir sus necesidades

fundamentales. La frase, sin embargo, hace resonancia con lo que se entiende en forma inmediata y se vive todos los días; y, precisamente por eso, oculta la naturaleza de las relaciones sociales de un sistema que fetichiza para poder reproducirse.

Los tres ejemplos discutidos aquí, a pesar de sus aparentes diferencias (uno “precientífico”, otro “científico” y otro “neutro”), tienen varias cosas en común. Los tres presentan distorsiones y/o desplazamientos; todos, sin embargo, son producidos bajo el presupuesto de verdad. Los tres están articulados en la sociedad en la que participa el investigador; esa articulación, mediata o inmediata, abierta o indirecta, es política en carácter y siempre en favor del sistema (lo cual no quiere decir que no puede darse la articulación inversa). Si la relación con la cual iniciamos este trabajo es cierta, entonces los tres trabajos se encuentran lejos de la cientificidad. Y, sin embargo, los tres trabajos son “eficaces”, en el sentido de que sirven en forma efectiva para ciertas necesidades del sistema. Aquí es donde creemos que se encuentra el problema. No es una cuestión de cientificidad; es una cuestión de eficacia. El par arqueología científica-arqueología política (y acientífica) es ficticio; la distinción resulta de la forma de contestar a la pregunta de arqueología: *¿para quién?*; es una cuestión de clase. La idea de que un contacto con lo político resta objetividad a un trabajo, no puede sostenerse desde el

momento en que se acepta que toda producción participa de una concepción del mundo y de un sistema de relaciones sociales, que todo conocimiento implica un saber que lo caracteriza. Lo que se conoce como postulados científicos, relaciones comprobadas, rigor científico, etc., no pertenece al dominio de algo que pudiera calificarse de arqueología científica; es transmitible a uno y otro lado de la línea que divide a la arqueología, según sea practicada por un investigador concreto.

BIBLIOGRAFIA

- Althusser, L., "Ideología y aparatos ideológicos de Estado", *La Pensée*, Revista del Racionalismo Moderno, Núm. 151, 1970.
- Flannery, Kent V., "The Cultural Evolution of Civilizations", *Annual Review of Ecology and Systematics*, vol. 3, págs. 399-426, 1972.
- Flannery, Kent V., "Archaeology with a capital 'S'" en Charles L. Redman, *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons, New York, 1973, págs. 47-53.
- Ford, Richard I., "Archaeology Serving Humanity" en Charles L. Redman, ed., *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons, New York, 1973, págs. 83-93.
- Fritz, John y Fred T. Plog, "The Nature of Archaeological Exploration", *American Antiquity*, 35, 1970, págs. 405-412.
- Lumley, Henry De, "A Paleolithic Camp at Nice", *Old World Archaeology: Foundations of Civilizations, Readings from Scientific American* (ed.: W.H. Freeman & Co.), San Francisco, 1969, págs. 33-41.
- Silverberg, Robert, *Mound Builders of Ancient America; The Archaeology of a Myth*, Greenwich, New York, 1968.
- Willey, Gordon y Jeremy A. Sabloff, *A History of American Archaeology*, Thames and Hudson, Ltd. London, 1974.